

«No somos la sola mancha negra
de la ciudad que despreció nuestro luto.
Hay más luto en la roja sangre de noviembre
que en la negra arquitectura del carbón».

Y así transcurre casi todo el libro: denso de poesía, vigoroso de imágenes. Libro impregnado de la luz y del verdor del trópico; a veces rojo historial de Quito o Guayaquil, a veces teñido de fuerza e ingenuidad folklóricas.

Pedro Jorge Vera ha cumplido con la verdadera poesía al publicar estos *Romances madrugadores*. Con ellos enriquece la literarura poética de su generación, compuesta ya por figuras tan prometedoras como las de Alejandro Carrión, Augusto Saccotto Arias, Jorge Guerrero o Ignacio Lasso.—JUAN NEGRO.



<https://doi.org/10.29393/At174-260LDGA102660>

GARABATO. Novela, por J. A. Osorio Lizarazo.—Editorial Ercilla, 1939

En la dolorosa historia de este niño colombiano, se advierte un pronunciado parentesco espiritual, con la de aquel Jack, de Daudet. En la existencia de ambos hay un destino implacable que los persigue tenazmente apenas echan a caminar por la vida. No hay aquí por cierto un fanfarrón como aquel cruel poetaastro que es el verdugo solapado de Jack, pero sí un padre rudo y terco que se empeña en que su hijo sea un profesional, un doctor si es posible, y no un pobre carpintero como es él, que debe estar pegado desde el día a la noche junto a su banco de trabajo. El parecido de ambos libros sólo está en la desgracia que día a día va asediando a sus pequeños personajes sin darles jamás tregua, más no así en el tema e incidencias que se apartan por completo, pues en este caso se trata de un libro eminentemente americano en el cual se describen tipos, escenas

y costumbres de la vida colombiana en diversos e interesantes aspectos.

J. A. Osorio Lizarazo es un escritor de gran sensibilidad y a la vez un narrador ameno y fluido. Sabe apoderarse desde el primer momento de la atención y de la curiosidad del lector, que apenas inicia la lectura se siente cogido por el encanto cautivador de estas páginas húmedas de emoción. Lizarazo es sin duda un escritor sentimental, y así lo manifiesta en el estudio que hace del alma de ese niño a quien la fatalidad acecha en todas partes. Igualmente lo demuestra al describir el paisaje del campo colombiano en los alrededores de Bogotá, que siempre matiza con referencias a lo humano, dando la nota de las bellezas naturales de su tierra, sólo por medio de breves pinceladas, que sin embargo tienen la virtud de dar una sensación cabal de lo que es aquella tierra, y de sus innumerables atractivos.

Juan Manuel, es un chiquillo débil y desgarrado. Los frailes del colegio donde su padre lo lleva para iniciarlo en los estudios de una carrera de caballero y de persona respetable, lo contemplan largamente y sólo después de muchas dudas y regodeos, concluyen por aceptar el ingreso del muchachito al colegio. Es allí donde comenzará su calvario, donde será algo así como «un pollo en corral ajeno» pues en él se ceba la picardía y la maligna precocidad de sus compañeros, que al verle apocado y encogido lo bautizan casi en seguida. Uno guiñando un ojo exclama: ¿Qué, no parece garabato? Y con este apodo se queda mientras permanece allí. Este apodo denigrante lo va royendo por dentro, lo va devorando poco a poco. En el alma de ese niño desgraciado el autor ha puesto su propia sensibilidad y su acierto para descubrir los más ocultos matices psicológicos de sus reacciones frente a ese medio que le es hostil y deprimente. Los otros chicos llevan desde sus casas, desde el ambiente en donde viven el concepto de su superioridad social, la altanería del que se nutre bien y sabe que en el colegio se aprecia y respeta su posición y el dinero de sus padres. Dentro de su mí-

sero cuerpecillo mal alimentado y peor cubierto, el espíritu del pobre Garabato se va encogiendo más y más hasta dejarse ir a la deriva. Llega a convertirse en un ente despreciable a quien sus compañeros toman como blanco para sus burlas y como objeto para las bromas estúpidas. Un día que se rebela, hay un verdadero escándalo en el colegio. Lo castigan los profesores, llaman al padre y éste le da tal tunda, que no se atreve a seguir por ese camino. Así aprende entonces a ser hipócrita. A halagar a los frailes, que sin embargo lo miran despectivamente. Un día algunos muchachos lo encuentran llevándole la ollita con el almuerzo a su padre que trabaja en la carpintería. Y entonces ya le pierden el resto de consideración que le tenían. Lo echan del colegio. Uno de los profesores un fraile irascible y violento le grita:

—Andate imbécil y no vuelvas hasta que no vengas con el carpintero de tu padre!

Fustiga el autor en este libro, la irritante desigualdad social que comienza desde el colegio, cerrándole en muchas ocasiones la puerta y las posibilidades de triunfar en la vida, al individuo humilde aunque manifieste verdaderas aptitudes de inteligencia. La educación religiosa contribuye a mantener este estado de cosas. En la vida de Juan Manuel, de ese aporreado Garabato, Osorio Lizarazo ubica uno de los males que aqueja a la colectividad social de su país, quien sabe si exagerando un poco la realidad. Hay tanta adversidad en la vida de su pequeño personaje, tanta falta de piedad entre las gentes que lo rodean que nos hace dudar un poco. Porque Garabato vive con hambre, vive sin alegría, sin comprensión para su espíritu. ¿Es el suyo un caso excepcional? No lo sabemos. Pero en todo caso hay aquí la pintura de una realidad dolorosa, descrita con acentos de verdad irrecusable. Porque Osorio Lizarazo es un novelista y sólo cuenta lo que sus ojos vieron y lo que el dolor de la vida dejó en su corazón de escritor. Por encima de toda pasión política y sectaria encontramos en él, al artista sincero y

conmovido ante la injusticia que pesa sobre los que nada tienen y rebelde para aquellos que todo lo poseen, egoístamente.—L. D.



PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS, por *Chela Reyes*.—Editorial Nascimento, 1939

Con este libro se inicia Chela Reyes en el género novelesco. Como poetisa se había ganado ya un nombre en las letras chilenas por su inspiración original y robusta y por la novedosa factura de sus versos; y ahora, con este último libro suyo, se nos revela como prosista que maneja el idioma con elegancia y desenvoltura. Se cree, generalmente, que quien hace bellos versos es incapaz de escribir en buena prosa y viceversa. En Chela Reyes, no sucede tal cosa.

Escrita en forma autobiográfica, los primeros capítulos de esta novela nos parecen un monólogo interior que se prolonga demasiado para mantener tenso el interés del lector, y sólo lo consigue, a nuestro juicio, gracias a la fluidez y elevación poética del estilo. En estos capítulos, María Milagros—nombre de la protagonista—va quintaesenciando sus estados psicológicos hasta la introspección más sutil; el mismo estilo se torna a veces vagaroso y difuso como la realidad anímica del personaje. Al leer los primeros capítulos nos sorprendimos de que este libro sea calificado como novela, y sólo estimamos que podía considerársele como tal en atención a la excesiva amplitud que a este género se ha dado.

Pero a medida que nos adentramos en el alma de María Milagros, el estilo se clarifica y el monólogo se interrumpe para dejar que vibren los *hechos*, lo cual a pesar de que se nos llame tradicionalistas, estimamos que es lo específico de la novela. Luego encontramos otros personajes fuera de la monologuista